

El día de San Frutos, arboledas multicolores en las Hoces del Duratón

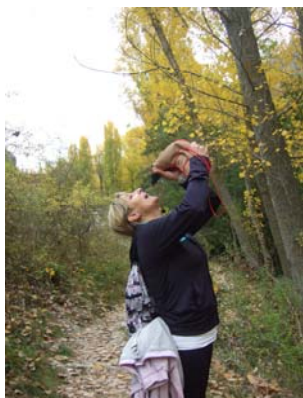
La mañana del domingo 25 de octubre el cielo apuntó lluvia, pero el cielo gris no hizo mella en el ánimo de los cuarenta participantes en la Ocioactividad programada. El patrón de los segovianos, San Frutos “pajadero”, intercedió y logró que las nubes se alejaran de nuestro rumbo: la ruta de senderismo, que concluyó en la localidad de Sepúlveda, dio mucho de sí: las arboledas multicolores cuajadas de hojas verdes, amarillas y ocre nos guiaron constantemente; los buitres, planearon silenciosos sobre nuestras cabezas, y por arte de magia, de las mochilas salieron todo tipo de viandas, “ricas-ricas”, que hicieron espléndido el descanso intermedio. Después de la ruta, cordero y cochinitillo asado “con vistas” a la villa, una visita guiada por intramuros y extramuros, y para cerrar la jornada, cómo no, sesión de baile de salón amenizada con el micrófono de Josebe.

ESTHER MAGANTO

A pesar del cambio horario, todos llegaron puntuales a la cita. Saludos, besos y presentaciones... botas, mochilas y chubasqueros, ¡a punto!... Alrededor de las 10:45 de la mañana iniciamos la primera de las actividades previstas, la ruta de senderismo. Con Josebe a la cabeza, el grupo comenzó a caminar, y en la retaguardia, los primeros *clicks* de la cámara de Esther sorprendieron al grupo de *Los Beatles* mientras cerraban a duras penas las mochilas: ¡pan, chorizo y vino para el camino!



El otoño en las Hoces del Duratón



El grupo se convirtió en una larga hilera, que serpenteaba tal y como nos indicaba el río San Juan. A nuestra derecha, y durante todo el camino, las arboledas multicolores nos mostraron infinitos tonos verdes y amarillos; las hojas caídas y los frutos de otoño rojizos y azulados, como las endrinas, salpicaron la senda por doquier. Mientras avanzábamos y en el margen izquierdo, los buitres se asomaron para acompañarnos durante todo el recorrido, batiendo sus alas y dejándose posar en los puntos más altos de las paredes rocosas.

A la mitad del camino, hicimos el primer alto: pan y chorizo, frutas y bollería, además de frutos secos y chocolates variados, nos dejaron un buen sabor de boca. ¿Quién iba a decir que de mochilas tan pequeñas podía salir tantos y tantos “tentempiés”? La segunda parada, antes de abordar el último tramo, sirvió para retratar a todos en la *foto de grupo*. ¡Una sonrisa, por favor!, y el *click* volvió a sonar en la cámara de Esther.

¡Objetivo cumplido! Doce kilómetros andando hasta alcanzar la villa de Sepúlveda. El ascenso por sus estrechas callejuelas tenía un lugar de encuentro: la plaza de la localidad. Una vez allí, el grupo pudo observar los restos del rodaje de una película que había tenido “ocupada” la villa las últimas semanas. Pisamos las fuentes de cartón-piedra cubiertas de nieve ecológica y nos adentramos en algunos bares y cafeterías para tomar un refresco, aunque, ¡ojo!, de acuerdo a los carteles comerciales usados durante el rodaje, en la plaza de Sepúlveda pudimos ver peluquerías, vaciadores, hueverías... para poder remontarnos hasta principios del siglo XX.



Gastronomía local y arte románico

Para empezar a comer, las copas se llenaron de vino de la tierra. Una vez ubicados en un restaurante con mirador, desde donde puede verse gran parte de la villa, el grupo degustó platos de la gastronomía local: sopa castellana, cordero y cochinillo asado, y arroz con leche. Todos se chuparon los dedos, y tras el *cafelito*, el grupo fue al encuentro de Obdulia, una guía local con unos impresionantes ojos azules. La visita guiada nos descubrió más detalles de los esperados, sobre todo, porque el interés de muchos derivó en multitud de preguntas dirigidas hacia la guía.



El recorrido, tanto por intramuros como por extramuros, dio pie a conversaciones sobre los fueros, a opiniones encontradas sobre la decisión de vestir o no vestir a la imagen románica de la Virgen de la Peña, o a charlas sobre la visita a la Iglesia del Salvador: Obdulia abrió las puertas de este templo para nosotros y pudimos caminar por su atrio, además de contemplar la talla interior del Cristo restaurada según los datos localizados en archivos.

Las callejuelas de Sepúlveda también nos descubrieron la Casa del Conde, los restos del barrio judío y el barrio de la morería, es decir, el barrio de la Virgen de las Pucherillas, donde aún pueden contemplarse torres medievales del siglo XI convertidas en viviendas y algunas huertas. El final del recorrido tuvo lugar en la plaza, lugar donde se celebraron las corridas de toros hasta la década de 1970. Allí, y como dato final, aprendimos que Sepúlveda mantiene una tradición que se repite cada día del año: la campana denominada *zángana* se usa a diario para realizar un toque de treinta y tres sonidos, en alusión a la edad de Cristo.

El adiós a ritmo de merengue

Al caer la noche, aún quedaba jornada por delante. Si la primera canción fue una salsa, y Josebe formó una rueda a la que se sumaron todos, la pieza final fue un merengue, en el que todos acabamos *muy juntitos* y algunos por el suelo. No creáis, la sesión de baile se prolongó durante hora y media en un gran salón de baile, en el que sonó cha-cha-chá, swing, rock and roll... ¡Ufff... qué risas, y qué dolor de pies!

